

READING PLAN

Chapter: 7

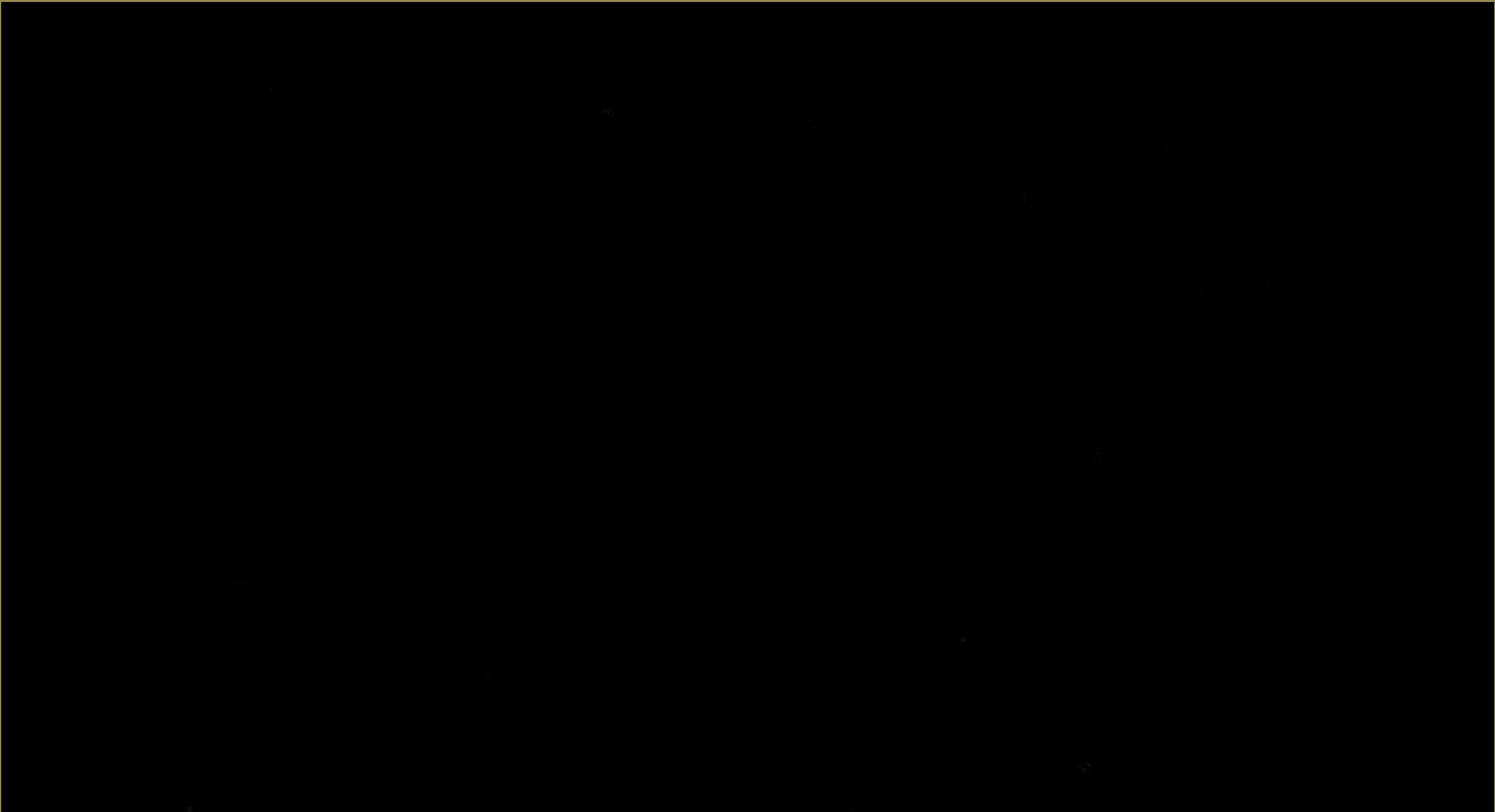
3th

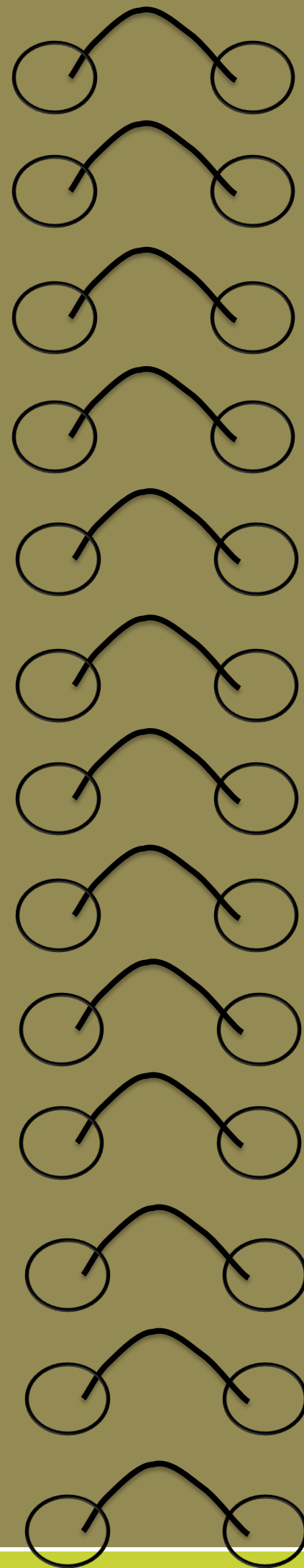
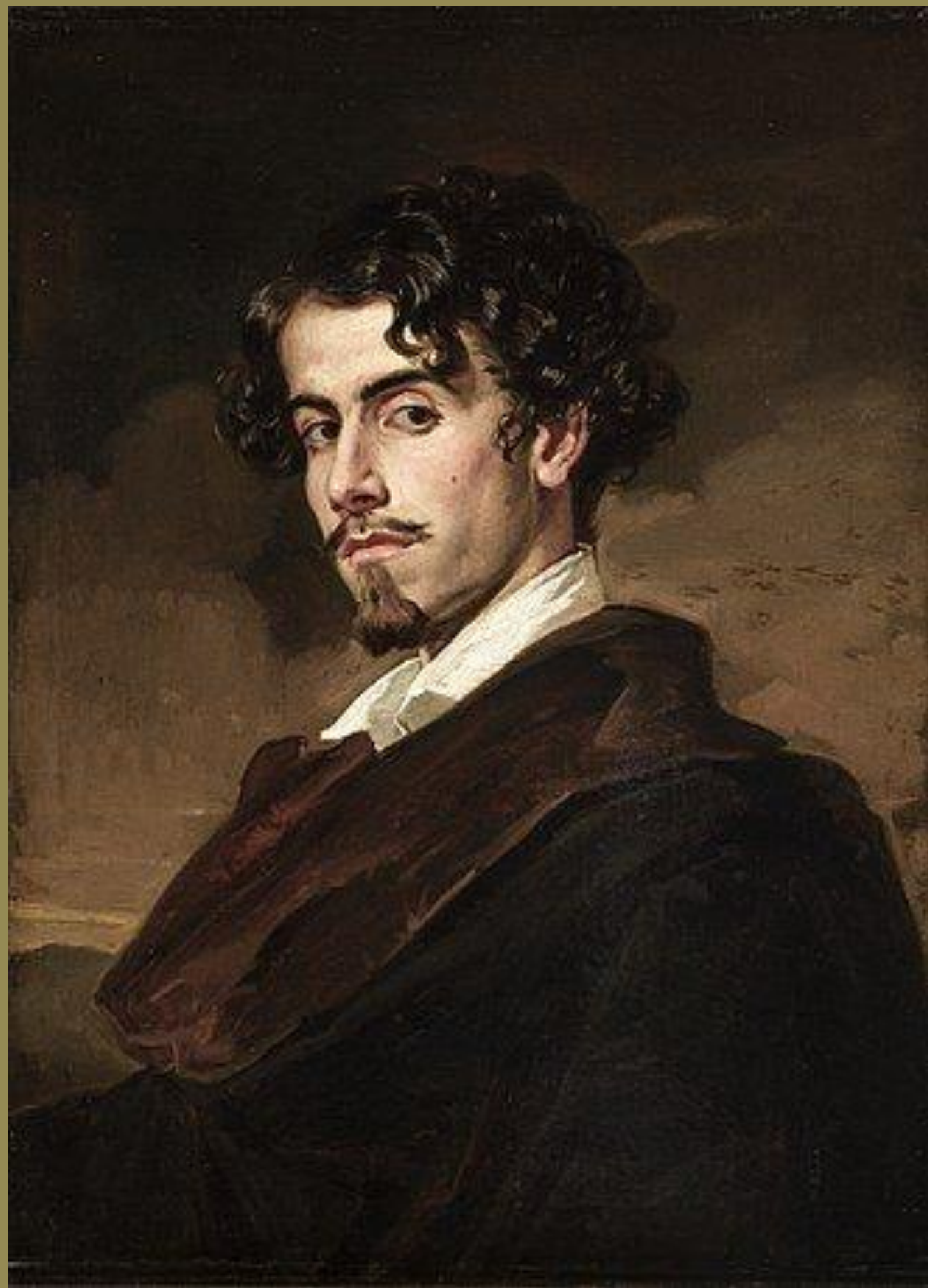
SECONDARY

LA AJORCA DE ORO



 **SACO OLIVEROS**





ENFOQUE TEÓRICO

PARAFRASIS

Parafrasear es utilizar las ideas de otra persona, pero usando las propias palabras, pero actuando como si fueran propias. No es simplemente cambiar superficialmente el texto propio. Parafrasear incorrectamente es uno de los errores inconscientes más frecuentes, junto a la ausencia de citas o alterar su orden). Es leer el original, comprender lo que el autor dice, sintetizar la información y entonces escribirla con nuestras propias palabras, aunque usemos nuestras propias palabras, la idea no es nuestra y debemos, por tanto, citar al autor de la misma.

LA AJORCA DE ORO

Ella era hermosa, hermosa con esa hermosura que inspira el vértigo; hermosa con esa hermosura que no se parece en nada a la que soñamos en los ángeles, que, sin embargo, es sobrenatural; hermosura diabólica, que tal vez presta el demonio a algunos seres para hacerlos sus instrumentos en la tierra.

Él la amaba; la amaba con ese amor que no conoce freno ni límites; la amaba con ese amor en que se busca un goce y solo se encuentran martirios; amor que se asemeja a la felicidad, y que, no obstante, parece infundir el cielo para la expiación de una culpa.

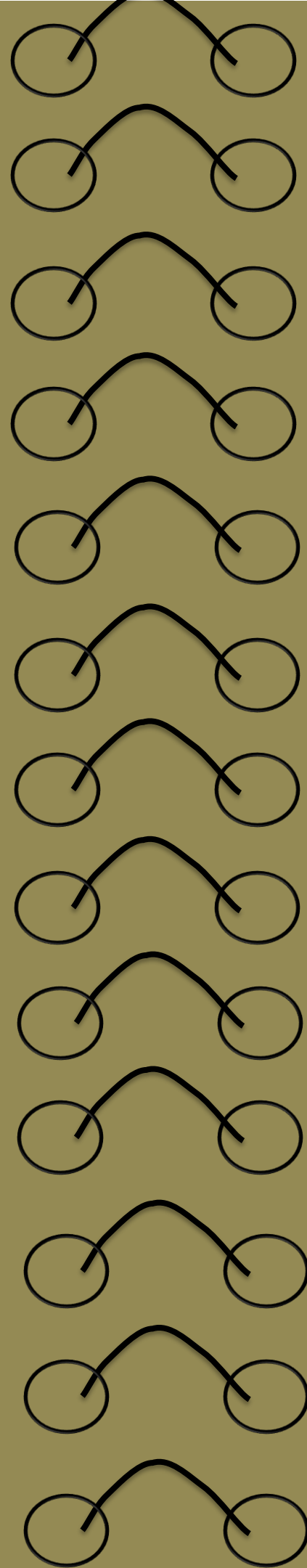


Ella era caprichosa, caprichosa: y extravagante como todas las mujeres del mundo. Él, supersticioso, supersticioso y valiente, como todos los hombres de su época. Ella se llamaba María Antúnez. Él, Pedro Alfonso de Orellana. Los dos eran toledanos, y los dos vivían en la misma ciudad que los vio nacer. La tradición que refiere esta maravillosa historia, acontecida hace muchos años, no dice nada más acerca de los personajes que fueron sus héroes.

Yo, en mi calidad de cronista verídico, no añadiré ni una sola palabra de mi cosecha para caracterizarlos mejor.



de nuestra naturaleza misteriosa,
que el hombre no puede ni aun
concebir. Te lo ruego, no me
preguntes la causa de mi dolor;
si te la revelara, quizás te
arrancaría una carcajada.
Cuando estas palabras expiraron,
ella volvió a inclinar la
frente y él a reiterar sus preguntas.
La hermosa, rompiendo al fin su
obstinado silencio, dijo a su
amado con voz sorda y
entrecortada:
—Tú lo quieres, es una locura que
te hará reír; pero no importa: te lo
diré, puesto que lo deseas.

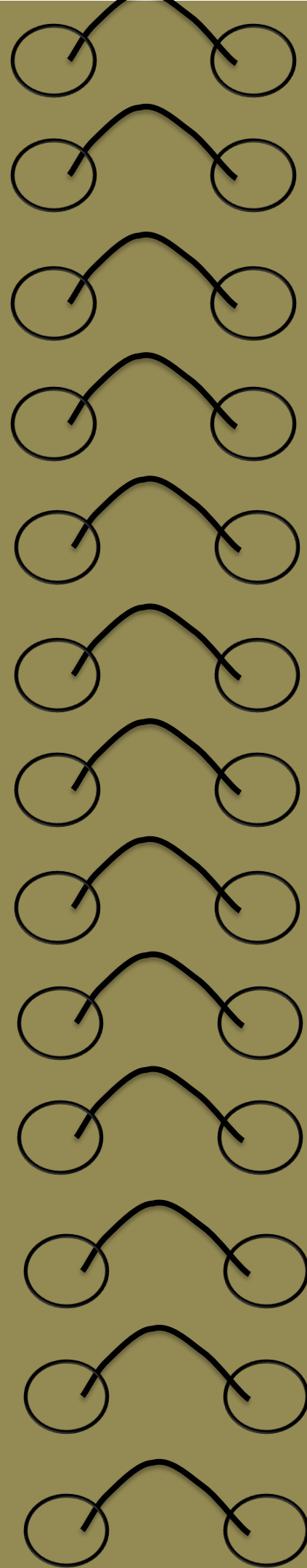


Ayer estuve en el templo. Se
celebraba la fiesta de la Virgen;
su imagen, colocada en el altar
mayor sobre un estrado de
oro, resplandecía como una chispa
de fuego; las notas del órgano
temblaban dilatándose de eco en
eco por el ámbito de la iglesia, y en
el coro los sacerdotes entonaban el
Salve, Regina.



Yo rezaba, rezaba absorta en mis pensamientos religiosos, cuando maquinalmente levanté la cabeza y mi vista se dirigió al altar. No sé por qué mis ojos se fijaron desde luego en la imagen; digo mal, en la imagen no: se fijaron en un objeto que hasta entonces no había visto, un objeto que, sin poder explicármelo, llamaba toda mi atención... No te rías...

aquel objeto era la ajorca de oro que tiene la Madre de Dios en uno de los brazos en que descansa su divino Hijo...



Yo aparté la vista y volví a rezar... ¡Imposible! Mis ojos se volvían involuntariamente al mismo punto. Las luces del altar, reflejándose en las mil facetas de sus diamantes, se reproducían de una manera prodigiosa. Millones de chispas de luces rojas y azules, verdes y amarillas, volteaban alrededor de las piedras como un torbellino de átomos de fuego, como una vertiginosa ronda de esos espíritus de llamas que fascinan con su brillo y su increíble inquietud...

su espada, levantó la cabeza, que en efecto había inclinado, y dijo con voz sorda:

—¿Qué Virgen tiene esa presea?

—¡La del Sagrario! —murmuró María.

—¡La del Sagrario! —repitió el joven con acento de terror—: ¡la del Sagrario de la Catedral!... Y en sus facciones se retrató un instante el estado de su alma, espantada en una idea.

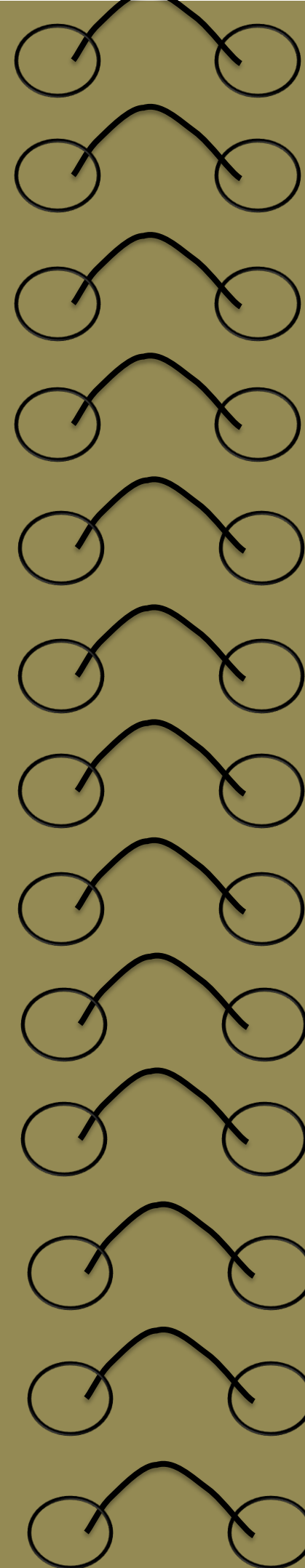
¡Ah!, ¿por qué no la posee otra Virgen? —prosiguió con acento enérgico y apasionado—; ¿por

qué no la tiene el arzobispo en su mitra, el rey en su corona o el diablo entre sus garras? Yo se la arrancaría para ti, aunque me costase la vida o la condenación. Pero a la Virgen del Sagrario, a nuestra Santa Patrona, yo... yo que he nacido en Toledo, ¡imposible, imposible!



—¡Nunca! —murmuró María con voz casi imperceptible—; ¡nunca!

Y siguió llorando.
Pedro fijó una mirada estúpida en
la corriente del río.
En la corriente, que pasaba y
pasaba sin cesar ante sus
extraviados ojos, quebrándose al
pie del mirador entre las rocas
sobre que se asienta la ciudad
imperial.

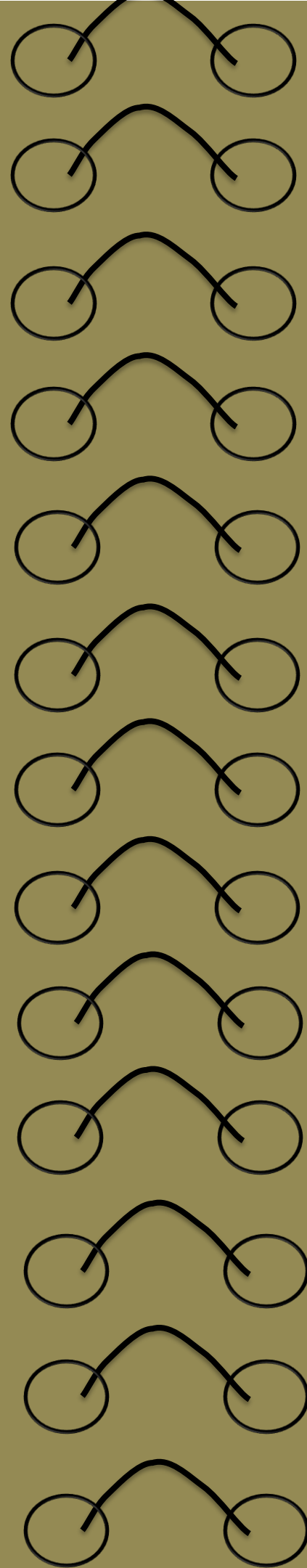


El mismo día en que tuvo lugar la
escena que acabamos de
referir, se celebraba en la catedral
de Toledo el último de la
magnífica octava de la Virgen,
cuando de entre las sombras,
y pálido, tan pálido como la estatua
de la tumba en que se apoyó un
instante mientras dominaba su
emoción, se adelantó un hombre
que vino deslizándose con el
mayor sigilo hasta la verja del
crucero. Allí la claridad de una
lámpara permitía distinguir sus
facciones.

Era Pedro.
¿Qué había pasado entre los dos enamorados para que se atreviera al fin a poner por obra una idea que solo el concebirla había erizado sus cabellos de horror?
Nunca pudo saberse. Pero él estaba allí, y estaba allí para llevar a cabo su criminal propósito...
La catedral estaba sola, completamente sola, y sumergida en un silencio profundo.
No obstante, de cuando en cuando

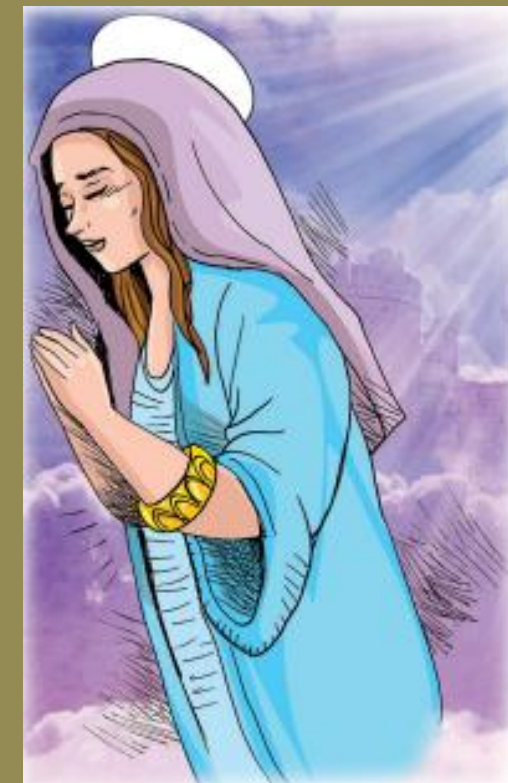
se percibían como unos rumores confusos: chasquidos de madera tal vez, o murmullos del viento, o ¿quién sabe?

Pedro hizo un esfuerzo para seguir en su camino; llegó a la valla y subió la primera grada de la capilla mayor.



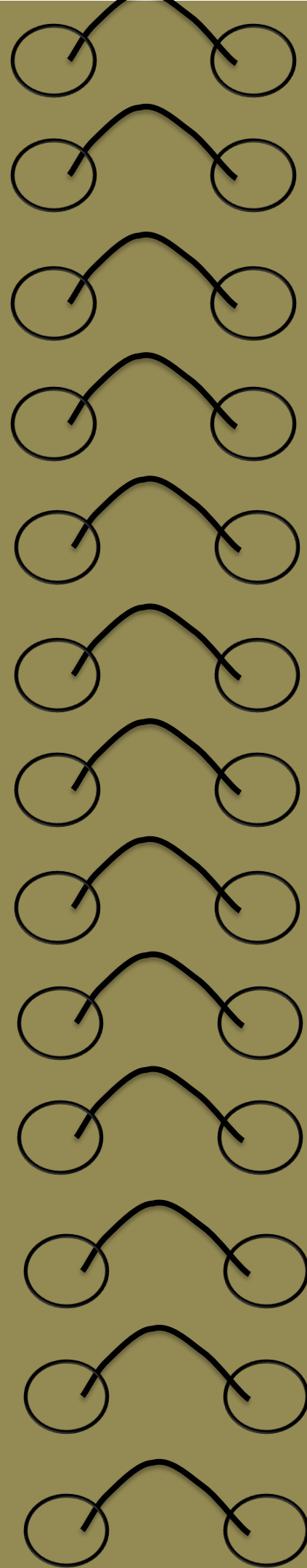
—¡Adelante! —murmuró en voz baja, y quiso andar y no pudo. Parecía que sus pies se habían clavado en el pavimento. Bajó los ojos, y sus cabellos se erizaron de horror: el suelo de la capilla lo formaban anchas y oscuras losas sepulcrales. Por un momento creyó que una mano fría y descarnada le sujetaba en aquel punto con una fuerza invencible. ¡Adelante! —volvió a exclamar Pedro como fuera de sí, y se acercó al altar, y trepando por

por ella, subió hasta el escabel de la imagen. Todo alrededor de él se revestía de formas quiméricas y horribles; todo era tinieblas y luz dudosa, más imponente aún que la oscuridad. Solo la Reina de los Cielos, suavemente iluminada por una lámpara de oro, parecía



sonreír tranquila, bondadosa y serena en medio de tanto horror. Sin embargo, aquella sonrisa muda e inmóvil que le tranquilizara un instante terminó por infundirle temor; un temor más extraño, más profundo que hasta entonces había sentido.

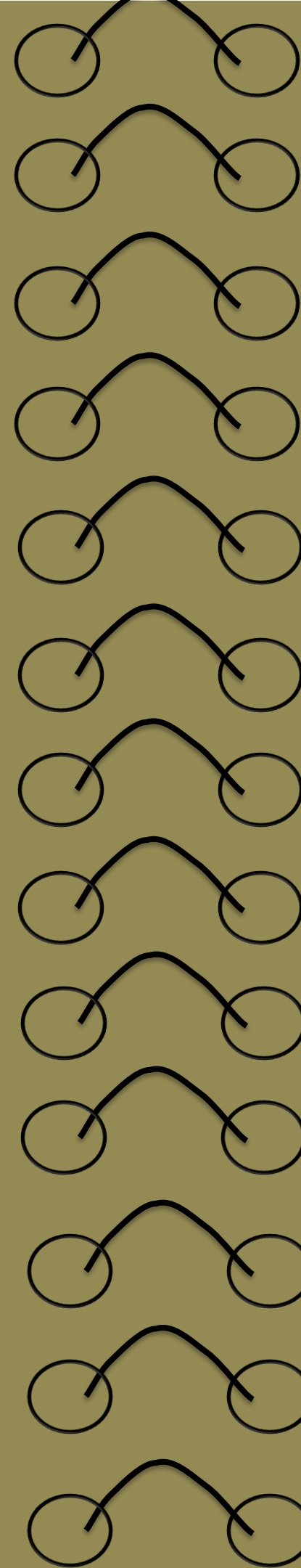
Sin embargo, volvió a dominarse, cerró los ojos para no verla, extendió la mano con un movimiento convulsivo y le arrancó la ajorca de oro, piadosa ofrenda de un santo arzobispo; la ajorca de oro cuyo valor equivalía a una fortuna.



Ya la presea estaba en su poder; sus dedos contraídos la oprimían con una fuerza sobrenatural; solo restaba huir, huir con ella; pero para esto era preciso abrir los ojos, y Pedro tenía miedo de ver, de ver la imagen, de ver los reyes de las sepulturas, los demonios de las cornisas, los monstruos de los capiteles, las fajas de sombras y los rayos de luz que, semejantes a blancos y gigantescos fantasmas, se movían lentamente en el fondo de las naves, pobladas

de rumores temerosos y extraños.
Al fin abrió los ojos, echó una
mirada, y un grito agudo se
escapó de sus labios.

La catedral estaba llena de
estatuas, estatuas que, vestidas
con largos y no vistos ropajes,
habían descendido de sus
huecos y ocupaban todo el ámbito
de la iglesia, y le miraban
con sus ojos sin pupila.
Ya no puedo resistir más. Las
sienes le latieron con una
violencia espantosa; una nube de
sangre oscureció sus pupilas; arrojó



un segundo grito, un grito
desgarrador y sobrehumano, y
cayó desvanecido sobre el altar.
Cuando al otro día los
dependientes de la iglesia lo
encontraron al pie del altar, tenía
aún la ajorca de oro entre sus
manos, y al verlos aproximarse,
exclamó con una estridente
carcajada:
—¡Suya, suya!
El infeliz estaba loco.

FIN

ACTIVIDAD N° 7

1. Nivel literal

Escribe V (verdadero) o F (falso) según el texto leído.

A. María quería la ajorca de oro de la reina de Toledo.

Verdadero 

B. Pedro deseaba complacer a María con la ajorca de oro.

Verdadero 

C. María era una chica sensata y devota de la Virgen del Rosario.

Falso 

D. Pedro y María eran de diferentes ciudades.

Falso 

2. Nivel inferencial

Pedro se volvió orate porque

A) Tuvo en sus manos una joya muy cara.

B) Recibió el castigo de la Virgen.

C) Se emocionó con la sola idea que su amada sería feliz.

D) Los santos lo atormentaban.

E) Dios habló con él.

3. Nivel crítico

Después de leer la leyenda y tras meditar sobre el comportamiento de María, ¿qué opinión te merece su actitud obsesiva por la ajorca?

4. Nivel creativo

Resume la leyenda formando un acróstico con la palabra ajorca.

A _____

J _____

O _____

R _____

C _____

A _____

5. Fortalecimiento personal

Si fueras Pedro, ¿hubieras realizado lo mismo que él para complacer a María? ¿Por qué?

